

PONENCIA DE CLAUSURA

# Vidas de fotógrafos, emociones y novelorías

## Photographers' lives, emotions and stories

**Antón Castro Rodríguez**

Escritor y periodista

Premio Nacional de Periodismo Cultural 2013

## RESUMEN

Desde aquellos primeros encuentros de infancia con la fotografía familiar en Arteixo, el texto irá desgranando e ilustrando otros encuentros con fotógrafos e historias de fotógrafos que a lo largo de estos últimos años, han marcado mi memoria visual, sentimental e, incluso, literaria. Fotógrafos ambulantes como Manolo Blanco, descubrimientos de carácter mágico como el de Julia Margaret Cameron, veteranos reporteros gráficos como Gerardo Sancho, Aurelio Grasa o el malogrado Lucas Cepero y, por último, narradores gráficos de la beldad del Alto Aragón, como Ricardo Compairé y los hermanos Viñuales.

**Palabras clave:** Arteixo, A Coruña, Manolo Blanco, infancia, familia, fotografía, Miguel Ángel Reyes, Enrique Carbó, Julia Margaret Cameron, Diane Arbus, Rogelio Allepuz, Patricio Julve, Gerardo Sancho, Aurelio Grasa, Lucas Cepero, Ricardo Compairé, Viñuales.

## ABSTRACT

From those first childhood encounters with family photography in Arteixo, the text will relate and illustrate other encounters with photographers and stories of photographers that over the years have marked my visual, sentimental and, even, literary memory. Traveling photographers such as Manolo Blanco, magical discoveries such as Julia Margaret Cameron, veteran graphic reporters such as Gerardo Sancho, Aurelio Grasa or the ill-fated Lucas Cepero and, finally, graphic narrators of the beauty of Alto Aragón, such as Ricardo Compairé and Viñuales brothers.

**Key words:** Arteixo, A Coruña, Manolo Blanco, childhood, family, photography, Miguel Ángel Reyes, Enrique Carbó, Julia Margaret Cameron, Diane Arbus, Rogelio Allepuz, Patricio Julve, Gerardo Sancho, Aurelio Grasa, Lucas Cepero, Ricardo Compairé, Viñuales.

El fotógrafo de mi niñez se llamaba Manolo Blanco. Iba de feria en feria, de verbena y verbena, y nos retrataba (a mí y a otros niños de Arteixo, A Coruña) con chaqueta de espuma, corbatita y sandalias blancas en el jardín del balneario. Me sorprendió verme con ocho, nueve o diez años, bajo las guirnaldas naturales de la espesura, así. Tardaría muchos años en estrenar corbata, más cerca de los treinta años que de los veinte. Mis padres no tenían un álbum familiar propiamente, pero sí había en su armario de luna, que era uno de mis lugares favoritos de las casas que hemos tenido, una bolsa de plástico transparente con un montón de fotos. Por una parte estaban las estrictamente familiares, sobre todo de bodas más o menos multitudinarias –mi madre tenía siete hermanos más; mi padre, cinco, y todos tuvieron bastante hijos–, y las de mi hermano Luis, que eran mis favoritas. Las repasaba una y mil veces y sentía envidia: siempre estaba bailando con alguien, siempre sonreía con sus amigotes, e incluso en una de ellas, firmada por Manolo Blanco también, estaba una prima mía que acaba de volver de Montevideo y a mí se me antojaba de una belleza increíble. De una belleza y de una simpatía arrolladoras. Era, con sus catorce o quince años, como una actriz de cine. Muchas de las mujeres de las fotos fueron mis primeros amores platónicos, oníricos, y quizá intuyese un valor de la foto: ves a quien no te ve e imaginas una novela, un delirio inconfesable o aprendes a sufrir porque sí, por puro vicio de enamorado clandestino.

Recuerdo otra foto, o quizá fuera una serie de tres o cuatro: mi hermano bailaba con Nieves, de Loureda, que parece una actriz italiana delgada y larga, tipo Sylvana Mangano, o una francesa refinada como Anouk Aimeé. Hace poco fui con mi hermano a esa localidad coruñesa, al lado de Arteixo, y le pregunté por ella. Me dijo que se había muerto de cáncer de pecho. Me quedé abatido de veras: se había casado, había tenido cinco o seis hijos de inmediato y jamás había perdido la sonrisa. Era mayor que yo ocho o diez años o algo menos, como mi hermano. Jamás en mi vida había hablado con ella, pero la había mirado una y mil veces, y jugué a descubrirla en el baile entre la multitud, como quien busca un tesoro.

Las fotos fueron para mí, y aún lo son aunque de otro modo, un estímulo visual y una espiral de fantasía. Aquella mujer, Nieves, jamás habría sabido cuánta admiración, o lo que fuera, suscitó en mi niñez y en mi primera adolescencia.

Este es el primer contacto con la foto. Años después, ya en Zaragoza, incluso antes de trabajar en el bingo, renové esa pasión de una manera casi risible: en mi boda civil un 5 de noviembre de 1980 no hubo fotógrafo profesional ni nada semejante, pero sí un gran aficionado, Miguel Ángel Reyes, que trajo su cámara Yashica FX-3. Cuando estampamos la firma, se le rompió y el juez, muy amable e irónico, le rogó que la arreglase si se podía, que volveríamos a repetir el acto. Muchos se reían, salvo Miguel Ángel, que era tan tímido como minucioso, algo menos. Ajustó algo y nos hizo algunas fotos. Poco más tarde, con uno de mis primeros sueldos, compré una cámara idéntica, con tres objetivos y empecé la que podía haber sido una modesta carrera de fotógrafo. Me apunté a los cursos de Spectrum y tuve como profesor a Enrique Carbó, que acababa de hacer un libro que se titulaba *Lorbés, un ensayo fotográfico*, fotos de la memoria y del olvido, y desarrollaba en su obra, un tanto abstracta, el sistema de zonas. No fui un buen alumno; entonces tenía demasiada incertidumbre en la cabeza. Hice muchas fotos, sin parar, pero siempre me faltó constancia y talento.

### Julia Margaret Cameron

Hubo un momento en que la foto volvió a mi vida de una manera apoteósica: descubrí la obra de Julia Margaret Cameron y la biblioteca de Spectrum. Sería hacia 1987 cuando su director Julio Álvarez me empezó a hablar de los grandes maestros –Richard Avedon, Irving Penn, August Sander, ella también, Julia Margaret, claro, Ortiz Echagüe–, me dejaba ver sus libros y catálogos y un día me prestó un libro en inglés de Diane Arbus. Algunos meses después, me dijo: «Ya sé que me ibas a devolver ese catálogo, pero he descubierto que tengo otro igual, así que puedes quedártelo». Curiosamente, aunque parezca raro, dos mujeres tan distintas como Julia Margaret Cameron y Diane Arbus inyectaron en mi vida la pasión por la fotografía. Eran las dos, sin duda, personajes de novelas.

De Julia Margaret Cameron (Calcuta, India 1815–Kalutara, Sri Lanka 1879) me gustaba casi todo: su biografía, su vida nómada (vivió en Calcuta, en París, Londres, en Sri Lanka...), se casó con el jurista Charles Hay Cameron, que era propietario de una gran plantación de té, café y caucho en Sri Lanka (Ceilán entonces), que era 20 años mayor que ella y que fue el mayor admirador de su trabajo.

Me gusta ese gesto del azar que determina su futuro. Cuando ya había criado a sus vástagos (tuvo seis y otros tantos adoptados), una de sus hijas, Julia, y su marido Charles Norman, en 1863, le regalaron una cámara fotográfica y se volcó de inmediato con el instrumento. Lo convirtió en una pasión. Y, poco a poco, contratando modelos, a veces granjeros o niños más o menos pacientes (a la manera de Lewis Carroll), o convenciendo a los vecinos, empezó a hacer una foto pictorialista, levemente desenfocada (en sus memorias sugiere que eso es premeditado) y, en el fondo, muy narrativa. Hacía estupendos retratos, de niños, de muchachas, sobre todo mujeres (¿quién se puede escapar al hechizo de los retratos de Julia Jackson, la madre de Virginia Woolf, o *La loca del bosque*), pero también ancianos. Retrató a paisanos, escritores, pintores, filósofos. Julia Margaret Cameron, no sé si por intuición o por determinación artística, intuyó pronto que la fotografía no solo es un documento: es arte. Y ella se fijó, entre otras cosas, en la pintura renacentista.

En sus memorias, publicadas en 1874, Julia Margaret Cameron contaba cómo fotografió a sus amigos, a los que convertía en personajes literarios. Rendía homenaje a William Shakespeare

y le pedía a alguien que se convirtiese en Próspero de *La tempestad* o en Lorenzo de *Romeo y Julieta*, y fotografió el montaje de *Los idilios del rey Arturo* de su amigo, el poeta Alfred Tennyson, en un ejercicio de puesta en escena o de novela fotográfica, impregnada de espiritualidad, esteticismo, intemporalidad y poesía. A la vez hacía retratos a la manera de Masaccio o de Rafael de Urbino.

Poco después entré en *El Día de Aragón*, el 1 de julio de 1987, y allí la fotografía era capital. Accedí a la historia de la fotografía aragonesa, poco a poco, y descubrí a un hombre talentoso, un fotoperiodista que también es un maestro del retrato, Rogelio Allepuz, que se jubilaría joven en *El Periódico de Aragón* y ahora hace unas estupendas fotos del paisaje que se pueden ver a diario en Facebook. Viéndole a él creo que me di cuenta de que ser fotógrafo no era lo mío exactamente y pensé que lo mejor era seguir a los fotógrafos, estudiarlos y admirarlos, e incluso inventarlos. A principios de los 90, en Cantavieja, nació Patricio Julve, cojo de una pierna (como Juan Mora Insa) y casi ciego de un ojo (como le ocurrió a Gerardo Sancho); en cierto modo era un homenaje a ambos y los que sueñan en imágenes. Apareció en un libro que ya ha tenido varias ediciones: *El testamento de amor de Patricio Julve* (Destino, 1995 y 2000; Xordica, 2011), aunque Patricio Julve ha aparecido en otros libros míos. Y como la realidad se parece a la fantasía en ocasiones, e incluso la supera, ha sido objeto de dos exposiciones: en el espacio Blanco de la Universidad de San Jorge y en una de las salas de Bantierra, y su obra figura en catálogos y todo.

## Gerardo Sancho

Gerardo Sancho (Navarrete del Río, Teruel 1911–Valencia 2006) fue uno de los grandes reporteros de Zaragoza durante más de medio siglo. Lo conocí a mediados de los años 90 y me contó su literaria vida, protegido siempre por la mirada de su esposa Lolita, que era también su asistente. Ángel Pérez, periodista y experto en protocolo, le atribuyó «un ojo de cíclope» y así tituló la primera monografía sobre él.

De niño recorría hasta ocho kilómetros antes de ir al colegio para traerle leche a su hermana Silvina, cuando se percató de que no veía nada de un ojo. Quizá por ello nunca soñó con ser fotógrafo; además, cuando realizó la primera comunión vino un fotógrafo ambulante al pueblo. Les decía a todos que estuviesen alerta a su cajón «que iba a salir el pajarito», y el pajarito no salió. Tras previo pago, anunció que mandaría las fotos de inmediato. No llegaron nunca. Gerardo Sancho resumía así la experiencia: «De aquel sujeto nunca supimos nada: estafó no solo a mi familia, sino a todo el pueblo de Navarrete del Río. Mi primera experiencia con la fotografía fue decepcionante por completo».

Años después, Gerardo dio muestras de su curiosidad y de sus ganas de comerse el mundo: le gustaban las letras, leía *Corazón* de Edmundo de Amicis y redactaba unos diarios de todo: de los juegos de la niñez, de los partidos de fútbol, de los paseos y de los secretos de la botillería de sus padres. En 1926, tras quedar huérfano de padre, un tío suyo que trabajaba en Administración en *Heraldo de Aragón* le buscó acomodo en el periódico y le dieron un puesto de fotógrafo. Jamás le dijo a nadie que no veía nada de un ojo. Y así, con aquel secreto en el cuerpo («un fotógrafo, en el fondo, solo necesita un ojo», pensó) inició su tarea de reportero para todo. «Me mandaron al campo de Torre Bruil a un partido entre el Barcelona y el Zaragoza. El extremo Vicente Piera tiró un córner con tal perfección que me dio en la máquina y en mis narices. Me quedé sangrando en el suelo y él fue el primero en atenderme», recordaba.

Gerardo Sancho captó la vida cotidiana, la expansión de Zaragoza, las fiestas, los toros, aquellos majos como el 'Tío Rana' que esperaban el porvenir en el velador del café Royalty. Sus maestros, Miguel Marín Chivite y David Martínez Gascón, que se haría famoso como Kau-

*tela*, le contaron que ocupaba el puesto que había dejado Lucas Cepero, asesinado en la plaza de Sas por un marido despechado en un asunto de faldas, y encomendaron al 'Chaval' sus primeras instantáneas: fútbol, toros, vistas de la ciudad, catástrofes, personajes. Uno de ellos fue el socialista Indalecio Prieto, al que retrató en Ejea en un mitin. Y a éste le sucedieron Gil Robles, Ascaso y Durruti y Dolores Ibárruri 'La Pasionaria'.

Antes de la Guerra Civil, Gerardo Sancho siguió el misterio de La Casa del Duende, y le reclamaban fotos de Londres y de Nueva York. Fue llamado a filas, y estuvo sucesivamente en Pontoneros, en Belchite y en el frente de Huesca. Recordaba en nuestra cita, que se repetiría algo más tarde en el hotel Alfonso I: «En Gavín vi a un oficial republicano fallecido con unas botas nuevas y decidí quitárselas. Pero cuando empecé a tirar, se me soltaba también la pierna. Su cuerpo estaba medio descompuesto. Me impresionó tanto que jamás toqué a un difunto». En cambio, sí tomó espectaculares y dramáticas fotos de la contienda.

Ingresó en *Amanecer* y posteriormente en *El Noticiero*, y fue nombrado delegado de la agencia Europa Press. Gerardo estaba en todas partes, con un olfato especial: poseía visión artística y documental y sentido de la noticia. Decía: «Pienso como Robert Capa: si quieres sacar buenas fotos colócate cerca y permanece atento. Y eso he hecho». Ante su objetivo desfilaron personajes como Ernest Hemingway, Luis Miguel Dominguín, Sara Montiel, Carmen Amaya (recibió un soplo de que pasaba por Zaragoza y fue a verla: la retrató enferma, «más muerta que viva, como un espectro, pobre», diría), Ramón J. Sender, que volvió a Zaragoza en 1974 y 1976. Fue testigo de la evolución de la ciudad y de las grandes noticias: los muertos del correo de Teruel en 1966, el accidente del pozo de San Lázaro, los éxitos de 'Los magníficos' del Real Zaragoza o el incendio del Corona de Aragón en 1979.

Su existencia está llena de anécdotas. Una de las más curiosas tiene como protagonista a Eva Duarte de Perón, a raíz de una foto en el periódico en la que parecía enseñar el culo y era la calva de un canónigo. Era un desgraciado o perverso efecto óptico. «Imagínese el escándalo. Fui a Cogullada, donde se había hospedado, a verla para enseñarle la foto y explicarle que era un efecto óptico. Al principio me trató como si fuera una cualquiera... Había llamado a Perón y todo. Claro, daba la impresión de que estaba enseñando el culo. Le di la foto y quedamos tan amigos. Era guapa sí y hasta me pareció más simpática. Sólo estuvimos cinco o diez minutos. Y me pidió que se la dedicase». Esta anécdota explica muy bien cómo fue España durante el franquismo y el temor y el odio al comunismo. «En el paseo de la Independencia, en un pilar, habían dejado un cartel de propaganda electoral que ponía: "Votad al Partido Comunista". Mi director Francisco Villalgordo me dijo: "Haz esa foto que vamos a hacer un comentario". A la mañana siguiente, el Capitán General de la V Región Militar mandó retirar toda la edición, incluso hubo que requisarla de los trenes. Habían interpretado la foto como propaganda del Partido Comunista. Mandaron una patrulla para detener al director y a mí. Un compañero vino al Campo de Torrero y me lo explicó todo. Los bomberos retiraron la pancarta, pero a nosotros nos estaban buscando. Nos fuimos al Servicio de Información de Falange, en Predicadores, donde pasamos la noche sin poder dormir. Habían llamado a Serrano Súñer y éste a Franco. Al comprobar que no teníamos ninguna filiación, nos soltaron. Eran las seis de la mañana. Eso sí, nos dieron un bocadillo admirable». Tras la muerte del fotógrafo, su viuda Dolores Lafuente, Lolita, cedió 3000 fotos, 1800 suyas y 1200 de otros que había coleccionado a lo largo del tiempo, al Archivo Municipal de Zaragoza.

## Lucas Cepero

Una de las historias más novelescas que conozco es la de Lucas Cepero (Monegrillo, 1881–Zaragoza, 1924). Quizá fuese el propio Gerardo Sancho, cuando me contó la historia de su

vida, quien me puso tras su pista. Además de trabajar en *Heraldo de Aragón*, Lucas Cepero colaboró con varios periódicos nacionales como *ABC*, publicó sus fotos en revistas como *La Esfera* y *Blanco y Negro*, realizó reproducciones de arte del Museo de Zaragoza y, entre otros temas, compuso colecciones sobre la basílica del Pilar, las fiestas de Zaragoza o la serie *Zaragoza Monumental y Artística*. Lo que más me fascinó de él, su muerte por amor y celos en la calle del Peso (hoy Blasón aragonés), al lado de la plaza de Sas. En mi libro *Vivir del aire* (Olifante, 2010) le dediqué este texto poético y claramente novelesco...

#### El retratista y la calle del crimen

Si una mujer se atreviera a decir las calles que ama, yo diría sólo una: la calle Alfonso. Esta que aquí ven, con sus farolas, sus tiendas de ropa, sus cafés de ahora mismo y a la vez de otro tiempo, y la Basílica imponente al fondo. Debía ser la calle que siempre he querido borrar de mi cabeza. Aquí, en una taberna, ocurrió el suceso que ha marcado mi vida. Me llamo Soledad, Soledad a secas, hace tiempo que no cuento mi edad y que he olvidado mis apellidos porque los llevaba cambiados. Nací en Quinto de Ebro. Pongamos que mi madre se llamó Salomé Guillén y que tuvo un desliz inesperado. Felizmente casada, sucumbió a un hechizo ajeno. Apenas me dijo que se quedó prendada del fotógrafo que le hizo una foto de fiestas del Pilar con un fondo de barcas pintadas y de gigantes y cabezudos.

Él se empeñó en repetir varias tomas, fue esa la manera de decirle que no le pasaba inadvertida. Que ella no era una más, con el traje regional, en el ojo del objetivo. Un día, el retratista apareció en Quinto de Ebro con motivo de un reportaje. Reapareció dos días después. Y concertaron las primeras citas. Al principio, eran los encuentros del artista y la musa; luego, los de los amantes que se ocultan y se exigen y se desviven con una pasión tan febril como pecaminosa o prohibida. No era fácil entonces pasar inadvertidos y acabaron por levantar sospechas.

El principal afectado siempre es el último en enterarse, pero se entera. Alguien se lo dice. El marido de mi madre se percató y constató el engaño. Hubo reproches, agrias discusiones, intercambio de golpes entre los cónyuges. Las citas continuaban con nuevo sigilo. Ahora, los amantes sabían que se habían instalado en el abismo. El peligro era constante, pero lo sorteaban, hasta que se produjo ese momento en que las palabras parecen no servir y un solo gesto ilumina el destino. Y lo precipita o lo saja de cuajo. Eso hizo su marido. Con la rabia sorda de aquel a quien han transformado en intruso, con la ira de aquel a quien han dejado sin respuestas, humillado y ofendido, buscó su oportunidad.

La encontró en un café de esta calle. En realidad, en un café de plaza de Sas, que se ensancha en un lateral de la calle Alfonso. Vio de espaldas al fotógrafo, avanzó y no le dio tiempo a nada. Le disparó, dos o tres veces, y se fue. El que debía ser mi padre partió en dirección al calabozo y el que iba a serlo de veras, sin que nadie lo supiera aún, acabó en el cementerio. Mi vida no ha tenido demasiados consuelos: algunos recuerdos inventados, como éste tal vez, y algunos retratos de mi madre tomados por el hombre que la enamoró en unas fiestas del Pilar, aquí, en un estudio de la calle Alfonso.

La ficción no se parece mucho a la realidad, que es bastante más fascinante y la ha contado como nadie en dos entregas de la revista *Rolde* José Antonio Hernández Latas, que es uno de los grandes historiadores de los orígenes de la fotografía en Zaragoza. Ha logrado rastrear y recomponer la historia del enigmático José Ramos Zapetti, que quizá inventase la fotografía antes que Daguerre hacia 1837: en realidad, se trataba de José Zanetti, fue retratado por Federico de Madrazo y era un pintor ilerdense que vivió un tiempo en Zaragoza, luego en Roma y pudo acabar sus días en Madrid. Hernández Latas tiene alma de detective y una curiosidad insaciable que desarrolla con pulcritud, rigor, entusiasmo y curiosidad. Dice que llegó por azar a la figura de Lucas Cepero (Monegrillo, 1881–Zaragoza, 1924) pero que le interesó sobre manera su vida, su obra y, sobre todo, su muerte, acaecida el 12 de noviembre de 1924, tras asistir a una fiesta de la Asociación de la Prensa en el Teatro Principal.

Lucas Cepero, en ese instante, era redactor gráfico de *Heraldo de Aragón* y uno de los fotógrafos más famosos de la ciudad con estudio en la calle Don Jaime, 44. En otros sitios también se

dice que tenía otro estudio más. A la salida del teatro, hacia las ocho de la tarde, se encontró con el chófer Francisco Calvo Lezcano, «con quien sostuvo una encendida discusión por cuestiones de índole personal –así lo relataron en un primer momento las crónicas periodísticas–. Altercado que se prolongó por las calles de los Estébanes y que fue tomando un cariz cada vez más violento, hasta que un disparo a quemarropa, efectuado por Calvo Lezcano, acabó con la vida del fotógrafo en la antigua calle del Peso, hoy Blasón Aragonés, junto a la plaza de Sas».

Así narra el propio Hernández Latas el fin de Lucas Cepero y de este hecho, con muchos puntos oscuros, se deriva en buena parte la atracción de este personaje que había destacado por un álbum que había hecho en Panticosa en 1915, en días de nieve y peligro de aludes, por las fotos aéreas realizadas en Zaragoza en 1920, por unas instantáneas de varias riadas del Ebro y por una colección de fotos para Alfonso XIII.

Hernández Latas publicó en la revista *Rolde* un extenso reportaje donde narra la historia de amor, de celos y de muerte que acabó con la trayectoria del reportero con el título «Muerte de un fotógrafo». Esta historia novelesca empezó algún tiempo antes. Un año antes al menos. Lucas Cepero, casado con Carmen Jarque, conoció a la joven Pilar Larpa Maluenda, de unos 22 o 23 años, con la que «mantenía en secreto una relación extraconyugal».

Precisa Hernández Latas que «lejos de tratarse de una aventura furtiva y pasajera, según las declaraciones de Pilar Larpa, ésta había mantenido una duplicidad de relaciones con Cepero y con quien entonces era su novio, Calvo Lezcano, desde un año antes de contraer matrimonio». La relación continuó, Francisco y Pilar se casaron, pero ella siguió viendo al fotógrafo. Dice el historiador: «Hasta que, el 16 de julio de 1924, [Calvo Lezcano] sorprendió inesperadamente a su esposa sola con Cepero en un vagón de segunda clase, con las cortinillas echadas, en la estación de ferrocarril de Pina de Ebro». El chófer, que trabajaba en la Azucarera, no encontró a su esposa en casa y ella le confesaría poco después que «había tenido un encuentro amistoso con el fotógrafo». Al parecer Calvo Lezcano estaba inquieto, pero «se resistía a creer que las relaciones entre su mujer y Cepero tuvieran mayor alcance que el de una persecución por parte del fotógrafo». El hermano de ella, José Larpa, comerciante, intentó mediar en el conflicto y con la ayuda del gobernador de la provincia, Garbalena, obtuvo la promesa y el compromiso de Cepero de que «vendería su estudio fotográfico y abandonaría la ciudad».

La realidad está llena de recovecos y de fantasía. Y el amor puede ser inextricable. Cuenta el historiador que Pilar Larpa «por propia voluntad, decidió recluirse en el convento de acogida de las Oblatas, donde debía permanecer hasta que Cepero abandonase definitivamente la ciudad». No solo eso: desde su encierro le mandó varias cartas a su esposo, que serían exhibidas y leídas en el juicio.

Cepero no cumplió su palabra. Y lo pagó con la vida. Tras ser abatido en la noche de autos, fue recogido «sobre un charco de sangre» y trasladado a la Farmacia Moderna, de García Zatorre, sita en la calle Alfonso. No hubo nada que nacer. El doctor Carmelo Aráiz certificó su muerte. El hecho estremeció Zaragoza: la ciudad había vivido crímenes más o menos recientes. *Heraldo de Aragón*, en su portada del viernes 14, ofrecía la esquela de su redactor e invitaba a asistir al funeral y al sepelio. El féretro sería trasladado desde la Facultad de Medicina hasta el cementerio de Torrero. El doctor Ricardo Lozano, auxiliado por dos médicos forenses, realizó la autopsia al cadáver. Hernández Latas cuenta, entre otros datos, que Lucas Cepero fue envuelto en una bandera de Cruz Roja y que sobre su sepultura «fueron depositadas dos coronas de flores, una encargada por su viuda y la otra por la casa *Heraldo de Aragón*».

Francisco Calvo Lezcano –que era zaragozano, tenía 29 años y trabajaba en la Azucarera de la Puebla de Híjar– contó con la defensa del ex alcalde de Zaragoza Emilio Laguna Azorín,

que debía estar vinculado con los patronos de esa fábrica, donde trabajaba Calvo Lezcano. En el expediente penitenciario que se encuentra en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza se decía, entre otras cosas, «que el acusado poseía instrucción, era católico, estaba casado, no tenía hijos, ni antecedentes penales y que éste era su primer ingreso en prisión. Adjunta a su huella dactilar, obra su descripción física: color de iris, cabellos oscuros, piel morena, cejas arqueadas, nariz convexa, boca, poca barba, rostro oval y 172 cm. de altura. Como particular se añade la uña del pulgar derecho es deforme». Cuando llevaba preso algo más de un mes, Calvo Lezcano, fue nombrado «escribiente de oficinas» por su buen comportamiento.

Parecía claro que alguien le estaba favoreciendo. Poco a poco los elementos de la discordia fueron aflorando, aquellos desacuerdos o conflictos algunos medios denominaron «resentimientos mutuos». Desde *Heraldo de Aragón* se lamentaba la pérdida de su gran reportero y se escribía: «Cepero, hombre afectuoso, simpático, servicial, era nuestro compañero queridísimo y camarada sencillo y afable, a quien todos estimaban». El clima era de incredulidad; el periódico silenció en sus primeras crónicas las razones del conflicto. El 1 de junio de 1925 comenzó el juicio: declararon Calvo (a quien le pedían seis años y un día de prisión y 6000 pesetas) y su mujer, y la viuda de Cepero alegó problemas de salud y no se presentó a declarar. Al final, Francisco Calvo Lezcano fue declarado inocente porque se tuvieron en consideración varios atenuantes como «el haber cometido el homicidio en vindicación de una ofensa grave» y por existir hechos que excitaron «el arrebató y la obcecación» del encausado.

El abogado aún rizó el rizo de sus argumentos y dijo que había sido un crimen en legítima defensa. El 15 de julio se declaró la libre absolución del chófer. José Antonio Hernández Latas evalúa la sentencia: «En realidad, no se había juzgado a Francisco Calvo Lezcano, a quien se consideraba legitimado para tomarse la justicia por su mano, si con eso restituía el honor agraviado, sino que se había juzgado al fallecido Lucas Cepero, cuando ya no tenía posibilidad alguna de defenderse, y moralmente se había considerado culpable de seducir e inducir al adulterio a la joven Pilar Larpa». No se sabe qué ocurrió con la vida de la pareja. Calvo murió de cáncer de esófago en 1943 a los 48 años de edad y ahí, prácticamente, desaparece el rastro de su esposa, que no está enterrada con su marido en Torrero.

Carmen Jarque Soro, viuda de Cepero, rehízo su vida y trasladó el estudio de Don Jaime 44 al paseo de la Independencia. Su viuda asumió la dirección del estudio tras su muerte e incorporó a Manuel Coyne como retocador y a César Gracia Jarque, su sobrino. De hecho, el nuevo taller se llamó Viuda de Cepero y Sobrino de Cepero e intentó hacer honor a un profesional que ha sido calificado, en revistas, monografía y diarios, como «verdadero artista de la fotografía moderna».

## Aurelio Grasa

Si Gerardo Sancho me condujo a Lucas Cepero, este también me llevó al radiólogo y fotógrafo Aurelio Grasa, que fue, tal vez, el primer reportero de calle de *Heraldo de Aragón* con su motoreta, con tan solo 17 años. A él, entre otras muchas cosas, le cupo el honor de registrar el entierro multitudinario de Joaquín Costa, en 1911.

El escritor y ex jefe de cultura de *Heraldo de Aragón* Juan Domínguez Lasierra recordó que cuando ingresó en el periódico en 1910, el fotógrafo titular era Gustavo Freudenthal, un hombre de estudio esencialmente, el hombre que retrató a Einstein en su viaje a Zaragoza en 1923, pero que él realizaba una labor «meramente ilustrativa» desde su estudio del Coso 33-35. No obstante, un momento especialmente fructífero para la fotografía de prensa fue la Exposición Hispano-Francesca de 1908. Y fue el jovencísimo Aurelio Grasa quien introduci-



ría en un medio parco en imágenes un nuevo concepto de la fotografía. En el libro-catálogo de 1976 de la galería Costa-3, Emilio Grasa, hermano del fotógrafo, narraba un detalle tan importante como pintoresco: «Se compró una moto y con ella iba a todos los sitios. Cuando había toros iba con la moto y su caja de placas, y al día siguiente ya salía en el *Heraldo* y en el *ABC*. Si a las seis terminaba la corrida, a las ocho ya estaban reveladas y las llevaba a *Heraldo* por la noche».

Otro periodista como el bilbilitano Andrés Ruiz Castillo, *Calpe*, lo perfiló así: «Su afición a deambular por las calles zaragozanas en busca de lo sorprendente, le llevó insaciablemente a fotografiar toda clase de escenas y sucesos, a interesarse por los acontecimientos sociales». Y apostillaba: «Sin pretenderlo se convirtió en un gran repórter gráfico, con personalidad y estilo». Otro compañero como Miguel Gay, el que bautizó al zaragocista equipo de Los Aliantes del Real Zaragoza de 1935-1936, recordaba que era «simpático y tranquilo, parco en palabras, pero con una mirada honda que lo decía todo». Líneas más adelante, anota: «Para Grasa la fotografía no era un oficio sino un hobby, que se dice ahora, una afición para la que poseía un fino sentido, un especial instinto, un modo personal de hallar en las cosas y en los hechos lo que tenía que ser noticia, pero que sólo él acertaba a captar y a retratar».

En 1910, Grasa se matriculó en Medicina, se licenció en 1917 y se especializó en radiología y dermatología, y ese mismo año, concretamente, un trece de junio publicó sus dos primeras fotos en *Heraldo de Aragón*: «Los alcaldes de Borja, Agón y Bulbunte en el patio de la Diputación de Zaragoza» y «Exposición de flores en el umbráculo del Hospicio de Zaragoza». No parece que haya estado nunca contratado en el diario, aunque fue un colaborador fijo, probablemente sin sueldo, que realizó cientos y cientos de fotos en esos años. Parecía darle lo mismo una foto cotidiana, la de los trabajadores en cualquiera de sus apacibles faenas y en sus tumultos, o el documento social (ahí destaca la llegada del féretro de Costa a la estación de Zaragoza y su traslado al cementerio de Torrero), que la instantánea turística, paisajística, romántica o deportiva, donde brilló a alto nivel, hasta el punto que los coches, los aviones, las bicicletas, las motos o los deportes de nieve ocupan muchos negativos en su impresionante archivo de varios miles de tomas. Una de las más célebres fue la toma de Montblanc desde un avión que volaba a más de 6000 metros de altura. Y otra modalidad en la que destacó en esa época fue la fotografía taurina: hizo reportajes a Bombita, a Manolete, a Florentino Ballasteros, el torero de los tristes destinos y rival de Herrerín, al cual le dedicó un reportaje de cuatro fotos en 1915.

La carrera de Grasa no se acabó en 1917 ni abandonó sus colaboraciones en la prensa. Siguió cediendo fotos, pero en 1921 abrió una consulta en Zaragoza. Para entonces ya había estado en París y había mejorado sus conocimientos científicos y había conocido las vanguardias artísticas, con sus fotógrafos. A partir de ese momento, nacía otro fotógrafo: el fotógrafo del arte que captaba con tersura, con una composición arriesgada y original, con voluntad artística, sobre todo el mundo del Pirineo, en especial sus paisajes de nieve, con los que hizo formidables y renovadoras fotos un tanto abstractas y minimalistas, llenas de plasticidad y de poesía. Aurelio Grasa fue «uno de estos ingenios que produce esta tierra, incisivo a veces, de respuesta rápida y finalmente, hiriente en defensa propia, pero con una gracia espontánea sin igual», según dijo el ex alcalde Luis Gómez Laguna, enamorado de la montaña, de la fotografía y gran amigo suyo.

Aurelio Grasa, como joven reportero y luego como apasionado de la foto, sin más, estuvo en casi todas partes. Tanto Joan Fontcuberta como Publio López Mondéjar han escrito de él, y éste, en concreto, lo incorporó a su gran proyecto *Las fuentes de la memoria*. Tiene varios catálogos (uno el ya citado de la sala Costa y otro de la Real Sociedad Fotográfica de Zaragoza,

más reciente), pero falta uno ambicioso que recoja y documente toda su trayectoria. Cada vez que sus herederos Carlos Barboza y Teresa Grasa publican nuevas fotos se ve que habría que digitalizar su obra, positivarla con las nuevas técnicas por los mejores profesionales y organizarle una magna exposición, como se ha hecho en Huesca, por poner un ejemplo, con Ricardo Compairé y Nicolás Viñuales, entre otros. Ojalá eso se pueda hacer algún día.

## Ricardo Compairé

Ricardo Compairé (Villanúa, Huesca 1883–Huesca 1965) fue un fotógrafo perfeccionista y paciente con una elevada conciencia artística. Hace más de 20 años, su legado fue determinante para crear la Fototeca de Huesca, que posee más de 500.000 negativos de casi todo: paisaje y paisanaje, costumbres, gitanos, pastores, contrabandistas. La vida popular que se desvanecía en las montañas. Poseía muchos registros: era un hombre paciente que conoció como pocos la provincia oscense, el Pirineo, el mundo tradicional de Ansó, el arte del retrato y el reportaje, pero también el bodegón, la foto industrial e incluso la foto urbana de viaje, si pensamos en su serie del puerto de Barcelona. Ha dejado un legado inolvidable y variado, con hallazgos impresionantes, casi insospechados y a la vez sencillos: pensemos en esa foto de un carasol de Fraga donde fijó las edades de la vida. Compairé pareció entender mejor a las mujeres que a los hombres, menos rígidas ante el objetivo, y reflejó como pocos el universo del carasol y del contraluz.

Ha tenido muchos estudiosos, uno de los más importantes ha sido el citado Enrique Carbó, profesor y fotógrafo, comisario de su última gran exposición en Huesca, y ha sido objeto de documentales de Eugenio Monesma y Eduardo de la Cruz.

Enrique Carbó resumió así la trayectoria: «Ricardo Compairé conoció la fotografía muy pronto. Inicialmente quiso ser pintor, e intentó serlo en Barcelona mientras estudiaba farmacia. Cuando se trasladó a Hecho ya empezó a tomar fotos. Se percató de que una parte de la vida de los Pirineos, con sus trajes y sus fiestas, empezaba a perderse, y quiso captarla sistemáticamente». Compairé, farmacéutico y enamorado de la botánica y de las imágenes desde niño, tenía una gran capacidad de persuasión y además era amable, y así lograba que la gente le posase. Le posase y pusiera sus mejores galas para la ocasión.

Ricardo Compairé fue, quiso ser, un artista preocupado por la estética –en el arte de componer, en el encuadre, en la elección de la luz, en la búsqueda del contraste?– y a la vez un documentalista de los Pirineos, de sus gentes y de una época. «Eso sí –refiere Enrique Carbó– sus fotos no rezuman nostalgia». Son hermosas, atraen, conmueven, pero no son elegíacas. O lo son desde una sensación de paz. Compairé nunca perdió la serenidad de su mirada.

## Los hermanos Nicolás y Elías Viñuales

A José de la Gándara y al azar le debemos el rescate de Nicolás Viñuales y de su hermano Elías. Nicolás Viñuales (1882–1927), hijo de la nobleza y comerciante como sus antepasados, con establecimiento en el Coso Bajo 49, fue todo un descubrimiento. A mí me recuerda en muchas cosas, sobre todo en su pasión por la vida y por la felicidad constante, a Jacques Henri Lartigue: coincide con él en su amor a los coches, los aviones, la modernidad que llega y la belleza de las mujeres de su ciudad. Nicolás coincidió en el tiempo con algunos de los grandes fotógrafos de la provincia y de Aragón: Fidel Oltra y su hijo José, el ya citado Ricardo Compairé, Feliciano Llanas, Ildefonso San Agustín, Ricardo del Arco, etc. Nicolás Viñuales –que tenía un hermano, Elías, que continuaría su labor en el negocio familiar y también su tarea fotográfica, y tres hermanas– se manifiesta como un fotógrafo sensible, de buen gusto, curioso y con

una cuidadosa interpretación de la realidad. Sus fotos rezuman encanto y plasticidad, y narran y explican cómo se moderniza la ciudad a través de la aviación, las motos y los coches, el deporte en general. Las fotos de coches son una crónica de la burguesía oscense, tema central de su producción y de la evolución del parque automovilístico. Le interesaba todo y se detenía en los detalles: en la arquitectura, de la ciudad y de las afueras. Como si fuera un pintor impresionista, le atraían las panorámicas, las meriendas, las estampas en mitad de la alameda o ante la corriente del río Isuela, que inmortalizó en fotos de atmósfera bucólica o romántica. Llama la atención su diálogo con la naturaleza: a menudo obtiene instantáneas que por su hermosura y su serenidad hacen pensar en una mirada oriental.

Era un fotógrafo de espacios abiertos; algunas de sus fotos son maravillosas, matizadas, insólitas e incluso juguetonas, como sucede con varias tomas de sus amigos en el Salto de Roldán, en Guara, hacia 1907, pero también con el castillo de Loarre, con Las Miguelas y el puente o con algunas visiones del paisaje tras la nieve. Una de las más sugerentes y cinematográficas la tomó en enero de 1925, en el paseo de la estación. Huesca está desconocida: podría ser el escenario glacial del *Doctor Zhivago*.

A Nicolás Viñuales le interesaba sobre todo la gente: las masas humanas (a veces se acerca a algunas realizaciones de Lucien Briet o Martin Chambi), las familias, los niños, las mujeres en el jardín.

Al parecer tenía un huerto y allí llevaba a sus modelos: a su esposa, a su cuñada, a algunas amigas, a niñas y niños. Y logró sus cálidos retratos, con poses sencillas y elaboradas. Fue un hombre informado y seguía las novedades y revistas de Europa y Estados Unidos. «Los fondos de hojas o rosales constituían un elemento imprescindible de la composición pues permitían tamizar la luz según los requerimientos, además de dar un aire nuevo y natural al retrato», escribe De la Gándara. Una de las últimas fotos que debió de realizar fue el reportaje que le hizo a Miguel Fleta y a su mujer Carmen Fillat en 1927 en una visita a Huesca. Poco después, en agosto y con apenas 45 años, fallecía.

Solía trabajar con cámaras monofocales y estereoscópicas, usaba placas de gelatino bromuro y también manejó una espectacular Contessa Nettel; fue galardonado en 1924 por la Sociedad Fotográfica de Zaragoza.

Tuvo una vida discreta: le gustaba el ciclismo, viajó a París, aunque solía ir más a Biarritz y a San Sebastián; también estuvo en Sevilla, hizo un extenso reportaje del parque María Luisa, pero su auténtica pasión era Huesca, que él vio como una provincia exuberante y como una ciudad minúscula que abrió las puertas a la modernidad, así, suavemente, como quien no quiere la cosa. «El tiempo ha ido cargando de significado cada uno de estos retratos —anota José de la Gándara—. Es el valor del tiempo, en definitiva el valor del recuerdo lo que nos permite conocer mejor de dónde venimos». Nicolás Viñuales fue un artesano sensible de la mirada, al que sucedió, quizá con menor talento y algo menos de dedicación, su hermano Elías, que regresó de Francia tras su muerte para hacerse cargo del comercio familiar en el Coso.

### Selección bibliográfica y expositiva

- ALLEPUZ, Rogelio (2016): *Emociones* (exposición celebrada en la Casa de los Morlanes), Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza.
- CAMERON, Julia Margaret (1874): «Anales de mi casa de cristal», en *Julia Margaret Cameron. Poesía y Verdad* (ed. 2015, Madrid, Casimiro).
- CARBÓ, Enrique (1987): *Lorbés, un ensayo fotográfico* (catálogo de exposición), Zaragoza, Palacio de Sástago.

- (2011), *Ricardo Compairé (1883-1965). El trabajo del fotógrafo*, Huesca, Diputación de Huesca / Gobierno de Aragón / Ibercaja.

CASTRO, Antón (2010): *Vivir del aire*, Zaragoza, Olifante.

- (2011): *El testamento de amor de Patricio Julve*, Zaragoza, Xórdica (1ª ed. 1995, Destino).

GÁNDARA, José de la (2014): *Nicolás Viñuales (1882-1927)* (catálogo de la exposición celebrada en el Centro Cultural el Matadero), Huesca, Ayuntamiento de Huesca.

HERNÁNDEZ LATAS, José Antonio (2013): «Lucas Cepero Bordetas (1881-1924). I. Muerte de un fotógrafo», *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*, 145-147, Zaragoza (marzo-diciembre), pp. 4-19.

- (2014): «Lucas Cepero Bordetas (1881-1924). II. Del arte fotográfico al fotorreportaje», *Rolde. Revista de Cultura Aragonesa*, 151, Zaragoza (octubre-diciembre), pp. 4-29.

JULVE, Patricio [CASTRO, Antón] (2015): *Los trabajos y los sueños* (exposición fotográfica celebrada en el Espacio en Blanco de la Universidad de San Jorge), Zaragoza, Universidad San Jorge.

PÉREZ, Ángel (1993): *Gerardo Sancho. El ojo del cíclope*, Zaragoza, Asociación de la Prensa.

VV. AA. (1976): *Aurelio Grasa (1893-1972), 60 años de fotografía en Aragón*, Zaragoza, Galería de Arte Costa/3.

VV. AA. (2003): *Aurelio Grasa, reportero gráfico, 1910-1917. Archivo Fotográfico Barboza Grasa*, Zaragoza, Real Sociedad Fotográfica de Zaragoza.

VV. AA. (2016): *Más allá de la afición: Nicolás y Elías Viñuales*, Huesca, Diputación de Huesca.